

cada lección los autores de donde yo he tomado mis pensamientos, y de donde podrán los que quieran, tomar aun mas, con una profusion que el tiempo y objeto de este curso no me permitirán. Poco será esto para mi propia gloria; pero aspiro á que sirva mucho para el aprovechamiento de los que me oyen.

COSTUMBREROS NACIONALES.

EL JAROCHO.

Ya pasado Malibran,
Camino de Medellín,
Del Espartal al confin,
Cabalga en manco alazan
Compadre Chico Crispin.

Natural del Novillero,
Tres mancos allí tenia;
Seis reses en el potrero:
Cerca de la Neveria
Hace oficio de vaquero.

Calzon de pana ajustado
Hasta media pantorrilla,
Con medios lleva abrochado;
Sombrero de medio lado,
Con espejos su toquilla.

Y un puro con tal esmero
Lleva en su boca el galano,
Que, si no es tabaco habano,
Es de las vegas veguero,
Pues él no fuma villano.

A paso lento camina
En su alazano troton,
Y á los rayos de Lucina
Que los campos ilumina
Comienza aquesta canción:

*Churripampili se cesa
Con la torera.*

Y pases lo dicen Churripamplera:

Y ojo ej tan verda

Como ver á un burrico voló

Por loj elementos:

Churripampili de mi pensamiento

¿Dónde te hallaré?

Y en la ciguina tomando café,

Y en la equina tomando café.

Si jmorej á loj toroj,

Cuando lojaya,

No monte jen la rueta

Stro en la baya:

Y si tienej dinero

Tonaráj el asiento primero,

Con grande ternura:

Y veráj al negrito Ventura

Con su ejarapela:

Ese sí que la para la pela.

Ese sí que la para la pela.

Por una choza pasaba
Cuando su canto acabó,
Y el manco alazan paró,
Que algo de allí le gustaba,
O alguno allí le llamó.

Una hamaca habia en la choza
Junto á un pequeño jardín:
De allí se paró una moza,
Jarochita, que destroza
El corazon de Crispin.

Levantada la cabeza
Mostraba al andar, serena,
Tanto garbo y gentileza,
Que si no fuera morena
Fuera romana belleza.

Súchiles blancos y olientes
Entre su pelo tenia,
Y cocuyos que cogia
Y en su cabeza, lucientes,
Con alfileres prendia.

Con su camisa de olan
Y con su celeste enagua
Se fué acercando al galan,
Que montado en su alazan
Tenia por pecho una fragua.

Y el galan que así la vió
Hasta la cerca acercarse,
Con ternura suspiró:
Hizo al sombrero leadearse,
Y así amoroso le habló:

“Oigajé, ña Sacramenta,
Le diré ajé mi pasion,
Y si tú ej crijiñana atenta
Tiene me ajot un corazon
Que con na se amedrenta.

“Soy cojiante en el querer,
Y en el amar dadivoso,
Si tú no lo quiere erer,
Lo dirá fior Sinforoso,
Que fué el que me lo hizo ver.

“Mi dinero no dejmembra;
Y si en gajarlo me pule,
Pueo darle un cachirulo
Como el que tiene la jembra
Muger de fior Cleto Angulo.

“Unaj naguanj le daré,
Y una banda de burzio,
Y prendaj le compraré,
Que en amar no soy barato
Cuando se me ama con fe.

“Y irémoj á Mecllin
Montando uté un guen andante,
Y si hay algun ambulante
Que ofenda allí á fior Crispin,
Sé manejar mi cortante.”

Crispin acabó de hablar;
La moza su rostro escondió.

Y después de respirar,
Con compasivo mirar,
Así al galan le responde:

“Ese amor que uté me jura
No pueo ejucharlo, no,
Puej que me ama fior Ventura,
Y ejoy de su amor segura,
Y soy muy cojiante yo.

“El é jombre muy celano:
Tal vej ya pronto vendrá:
Camine alante crijiñano,
Que si nos ve mano á mano
Y hablando, se enojará.”

—“Querido ángel humano:
De dir no me tengo, no:
Yo soy hombre muy cabal,
Y que venga mi rival,
Que aquí verá quien soy yo.”

En esto estaban los dos,
Cuando al oír de Ventura
La seca robusta tos,
Ña Sacramenta se apura,
Y el galan le dice: “Adios.”

Y luego, de mal talante,
Mudando el color Crispin,
Saca el moruno cortante. . . .
Y arrienda su flaco andante
Camino de Medellín.

Veracruz, Septiembre de 1843.—José M. Es-
TEVA. (Escrito para el Museo.)

MEMORIAS SOBRE EL MATRIMONIO.

LIGEROS APUNTES SOBRE LA COQUETERÍA.

(Segunda conversacion con Doña Susana.)

POCAS de las lectoras que hayan meditado con detenimiento en el capítulo anterior, habrán dejado de pensar lo que yo, cuando me retiré de la casa de D^a Susana; á saber, que una muger cuando estravia su juicio, cuando abandona la senda que marcan la moral y la religion, recibe al fin el castigo merecido por sus errores. ¡Qué suplicio mas cruel para una jóven bella, y acostumbrada á dominar con una sola mirada á los hombres, que el que éstos la insulten groseramente, y publiquen sus defectos! ¡Qué humillacion mas terrible puede sufrir, que la de verse de improviso privada de las dulces y sinceras comunicaciones que proporciona un casto amor!

El recuerdo s^olo de estos dolores vagos ya, y adormecidos con el tiempo, hizo derramar lágrimas á Susana, y no tuvo valor para decirle que continuara su conversacion. Al dia siguiente, deseando que terminara su interesante historia, volvió á su casa, y ella prosiguió en estos términos: “Apenas me restablecí de mi enfermedad, cuan-

do seriamente dije á mi madre que deseaba entrar en un convento. Mi madre, aunque ignoraba la verdadera causa, sospechó fácilmente, que esta resolution provenia de alguna desgracia amorosa, que seguramente no podria aliviar la vida solitaria y aislada de las monjas; sin embargo, yo insistí; pero felizmente se opuso á esto toda mi familia, y tuve que resignarme. Quedó en mi corazon un vacio tan grande, sentia en todo mi ser moral un disgusto tan indefinible, que nada bastaba á remediar. Sentia mi existencia sola y abandonada, y al pensar que un hombre sincero, leal y honrado, me podia dar la felicidad que buscaba, lloraba amargas lágrimas. ¡Lágrimas estériles que nadie se atrevia á enjugar!

Este estado fatal de mi alma, duró mucho tiempo: aislada y sola, sin tener á quien quejarme, pues Antonia, confidente de mis errores, se habia marchado de mi casa y contribuido á des-acreditarme, como lo hacen todas las criadas: pasaba los dias entregada á la melancolia, y las noches llenas de insomnios y de fatales pesadillas. ¡Con qué envidia miraba yo á esas parejas de amantes, felices y tranquilas, que parece que comunican dicha y bienestar á cuanto los rodea! ¡Con cuánta tristeza contemplaba á esas niñas, de cándida alma y de virtuoso corazon, que no dejándose dominar por la moda, ni vencer por el atractivo de unos goces efimeros y pasajeros, conservan el amor de un sólo hombre en su corazon, y se atavian, y se ponen espléndidas y bellas para complacer al único objeto de sus pensamientos!

No juzgue vd. que me faltaban amantes que rondaran mi calle y me dirigieran cartas; pero yo no admitia ninguno de estos obsequios, y solo veia con alguna satisfaccion, pasar todos los dias á cierta hora, á un jóven de buen parecer y vestido brillantemente. Sin quererlo, me ponía detras de la vidriera diariamente, y esperaba con impaciencia la hora en que debia pasar. Si algun dia no pasaba, como de costumbre, me ponía de mal humor, reñía con los criados, y no comia ni podia dormir con sosiego.

Una vez que fui de visita á una casa, á esta- ba allí. Luego que lo vi, sentí un trastorno general en los nervios, me puse pálida, y tuve que decir que un desvanecimiento me habia acontecido. Al retirarme de la visita, se ofreció Alberto (que así se llamaba) á conducirnos á casa. Dió á mi madre un brazo, y á mí otro. Cuando el brazo de Alberto estrechaba dulcemente el mio, un calorífico discurría por mi cuerpo; sentia que el calor de este brazo querido era el calor de mi alma y de mi corazon. Alberto me dirigía algunas palabras, á las cuales no pude responder, á causa de la turbacion que me producía ese enagenamiento, ese éxtasis amoroso en que me hablaban. ¡Oh, qué hermoso, qué sublime es amar

secretario; sigue la suerte de la guerra, prestando á la patria servicios ya como soldado, ya como artista, construyendo artillería, abriendo troqueles para sellar moneda; por último, como hábil político, combinando los materiales heterogéneos para consolidar la opinión, y llevar al cabo su empresa.

Llegan al pueblo de Apan, en el Estado de Oajaca: Morelos y el ejército se adelantan, y Alconedo y el cura Crespo permanecen en el pueblo con objeto de oír misa; estaban en el templo dirigiendo fervorosas preeces al Dios de Israel por la libertad de los mexicanos, cuando hirieron sus oídos las terribles palabras: ¡los españoles! ¡los españoles! pronunciadas con todo el horror que ellas inspiraban; y aprovechándose de la confusión que en todas partes reinaba, logran ponerse en salvo. Habrían caminado como media legua, cuando Alconedo recuerda que la secretaria debía irredimiblemente caer en poder de los españoles. Se presentaron en su imaginación los inmensos males que de esta aprehensión resultarían á la causa de la patria, y esponiendo su vida, vuelve las riendas á su caballo, y sin atender á las observaciones de Crespo, parte á salvar aquel tesoro, logra en efecto sacarlo; ya se creía triunfante, pues caminaba con cuanta celeridad le era posible, cuando de improviso escuchó detrás tiros disparados contra su persona, y la voz de ¡alto ahí! Voz que aunque con repugnancia se vió en la necesidad de obedecer; pero su asistente no obedece, y á todo correr marcha á dar aviso al cura Crespo, que retrocede con la esperanza de salvar á su compañero, consiguiendo tan solo sacrificarse él mismo, pues que fué hecho prisionero también. Algunos días después fueron pasados por las armas, contando entonces Alconedo 63 años de edad: estaba escrito que debía morir en esta vez, pues algunas horas después de la ejecución llegó á Heriva, general que mandaba las fuerzas españolas, el indulto de aquellos dos héroes, y ya era tarde.

Puebla, 9 de Septiembre de 1843.—F. de P. E.

IMITACION DE LOS CANTOS DEL NORTE.

LA NIÑA TRISTE.

—DIME, María, ¿no encuentras belleza en estos sauces verdes, cuyas copas se mueven blandamente al dulce soplo de las brisas de otoño?

—No llenan tu alma de alegría esas praderas llenas de flores, donde saltan gozosos los blancos cordelillos?

—No tienen eco en tu alma los trinos del galguero y del cezontle, que balanceándose en las ramas del fresno, cantan su amor y sus placeres?

—No espermentas un grato consuelo, cuando

ves correr sobre un lecho de amapolas y claveles, la línea pura y trasparente del arroyo?

—No admiras al Criador, cuando alzando tu vista al cielo contemplas las ligeras nubes, que como un vellón de púrpura y de oro bordan ese manto azul y trasparente, que está tendido sobre el mundo?

—María estaba triste, y dos lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¡María! ¡mi hermosa María! No llores así, porque tus lágrimas caen como un veneno en mi corazón.

—Consúlate, María; tienes veinte años, y debes soñar en un porvenir de rosa y de oro; debes esperar que la felicidad abrirá para ti vida sus puertas de topacio y de safiro; debes pensar que puede aun deslizarse tu juventud entre las rosas y las azucenas.

—Pensais, contestó María, que cuando el corazón está yerto y marchito, que cuando el mundo levantó su velo, y nos mostró una sociedad páfida y venal; que cuando se rompió el prisma brillante de las ilusiones más puras y más tiernas del alma, se puede hallar consuelo en las bellezas de la naturaleza?

—Para mí el cielo es de plomo y pesa sobre mi cabeza; las flores no tienen color, y el aroma de las brisas que vagan en los campos, es un veneno que quema mi corazón y destruye mi vida. Estoy sin luz, sin sol, no tengo amor, estoy triste.

—María, aun no has perdido la inocencia; aun eres pura y casta; aun eres ángel en el mundo, y el Señor te dará consuelos y felicidad.

—¡Señor! ¡Señor! La pobre niña está triste; pero tú la consolarás, porque los ángeles deben ser felices.

(Escrito para el Museo.)

ANUNCIOS Y EFECTOS DEL VIENTO NORTE, EN EL SENO MEXICANO.

—¿Qué prodigiosas son las obras de Dios, y cuán incomprensibles son sus juicios! Se queja el hombre de sus desgracias, sin advertir los beneficios de que se ve rodeado, y se abate hasta lo último por un contratiempo que no es mas que el montante de su orgullo. La historia de la vida de cada persona, es el proceso de esta verdad, y el estudio de la naturaleza nos manifiesta que en todas partes la trisca se halla cerca del veneno, y que los grandes sentimientos atmosféricos son siempre útiles á la humanidad, si bien alguna vez la lastiman parcialmente.

En los meses de Agosto y Septiembre, son las grandes lluvias en las costas de la república, que caen en el Seno Mexicano; y tanto cuanto son más impetuosas, la estación de los nortes se adelanta; pero lo general es que principien estos del 15 al 31 de Octubre, siendo los prime-

ros flojos y con intervalos de lluvias, siguiendo en adelante las aguas á menos, y los nortes á mas, de modo que su mayor fuerza es desde Diciembre á fin de Febrero, y ya en Marzo son flojos y de poca duración hasta concluir en Abril; ya se sabe que hay varios instrumentos, que entre sus aplicaciones tienen la de anunciar los temporales; mas la venida de cada norte dá señales tan perceptibles, que están al alcance de todos: la primera es, que el viento que sopla en otras direcciones es escaso y remiso, menos cuando es sur; pero éste anuncia á su antipoda con fuerza, y ráfagas impetuosas; el calor sube mucho en todos casos; la respiración se hace difícil, y la humedad de la atmósfera se aumenta tanto, que todo está mojado, y las paredes de las casas chorrean gotas gruesas de agua salada; la mar desde un olor desagradable; los peces saltan con inquietud, los pájaros marinos revolotean y gritan con frecuencia, y los domésticos se ponen en silencio, y aparecen asustados: si el norte no ha reventado en el día, la noche hace salir estas señales con una calma tan grande, que no se mueve ni una pluma, y esta hace que aun las gentes se aficien de aquel malestar que produce el trabajo desusado de los pulmones, cuando un ambiente muy flojo no surte bien sus delicados elaboratorios. Llega por fin el norte, casi siempre con espada en mano, como dicen en Veracruz, soplando con furia, levantando la mar; poniendo en confictos á los marineros, y haciendo que los trascuentes agarren bien sus sombreros para no perderlos; á las dos horas de soplar, han cambiado todos los referidos anuncios, el calor ha disminuido notablemente, la respiración se pone fácil, y separándose de la corriente del viento, se goza de un estado muy agradable; su duración es la de cincuenta horas, siendo fuerte; pero si no, suele durar cuatro ó seis días, aumentando ó disminuyéndose según las mareas. Si á la conclusion sopla inmediatamente el sur ó algun otro viento próximo á él hacia el Nordeste, la calma del Norte es sospechosa de volver; pero si aparece el terral (Este en Veracruz) puede creerse, que no volverá, hasta un nuevo periodo lunar. Desde Panzacola hasta Matamoros, es dicho viento un temporal mediano; pero más adelante, ya arrojando de modo que en el Tampico es ya temible; por Tuspan es furioso, y desde Punta Delgada, pasando por Veracruz, hasta las sierras de S. Martín su ímpetu es espantoso, disminuyendo luego progresivamente, de modo que por frente á Campeche y Cabo Catoche, se capéa ó se corre sin gran incomodidad.

—Para dar á conocer mejor la naturaleza del norte en el Seno Mexicano, referiré uno de los más recientes que se han sentido. El año de 1805 los productos de las rentas de la isla de Cuba

eran tan escasos, que para mantener la corta guarnición española que la cubría, iba de Veracruz (que entonces pertenecía también á España) una cantidad periódica de dinero que en dicho año se entorpeció porque una escuadra inglesa bloqueaba á esta plaza, y á la de la Habana. La necesidad, aproró tanto, que se dispusieron en ella cuatro barquitos, que por su misma pequenez y su mucha velocidad, pudiesen buscar la vigilancia de sus guardiamas, siendo nombrado para esta atrevida y difícil expedición, el teniente de fragata D. Luis Cabaleri, quien arribó á Veracruz salvo con su menuda armada; pocos días bastaron para cargar el dinero y arreglar lo demás; por lo que se dispuso á regresar á la Habana, cuando los prácticos hicieron presente á Cabaleri que demorase su partida hasta la caída del norte que se anunciaba, pues las señales eran tan marcadas, que iba á ser un temporal irresistible: el jefe de los buquecitos no pensó así, y una tarde del mes de Noviembre salió de Veracruz con ellos al remo, porque la calma era tal que no se movía ni un caballo, y por esta razón los anocheció á pocas millas del puerto; este conjunto de circunstancias había llamado la atención y el interés del vecindario, de modo que sin embargo de mis pocos años entonces, me acuerdo que en la noche todos hablaban de la expedición, y todos se recogieron formando círculos de su éscito; eran las once cuando de improviso se sintió el bramido áspero y atronador del norte; al momento su fuerza se manifestó tal, que se abrieron las puertas rompiendo los cerrojos y derribando las trancaes; las casas se sacudían como en un horrible temblor; las pedruzuelas volaban con ímpetu, y chocando contra las paredes hacían el redoble sordo de cien cañes de guerra; el viento introduciéndose por las oquedades, sonaba á la manera de multitud de fogatas destempladas; la mar embavecida chocaba contra sí misma, lastimando los oídos con sus multiplicadas detonaciones; y en fin, una negra noche aumentaba el terror de nuestros pechos compungidos.

En esta cruel situación estuvimos hasta el siguiente día en que el viento calmó lo suficiente para poderse andar en la calle, y todos preguntaban por Cabaleri; mas él ya no existía, pues con sus cuatro buques fué tragado por las ondas; pasado enteramente el temporal se reconocieron todos los escollos de la mar y todas las playas vecinas, sin que se encontrara ni un cadáver, ni un barril, ni una tabla, ni nada que pudiera dar á conocer dónde y como ocurrió la catástrofe; siendo esto tan raro que casi nunca se verifica un naufragio cerca de las costas, sin salir á ellas muchos fragmentos, y de aquí se deduce que el mucho peso y gravitación del dinero, junto con

los embates de las olas, los precipitaron inteiros hasta el fondo, en donde consiguiéntenente fueron tapados de arena ó de fango.

Si los nortes causan estas desgracias, producen en recompensa multitud de bienes, pues hacen desaparecer el vómito negro y todas las enfermedades estacionales: mitigan el calor y proporcionan un clima fresco y agradable: ahuyentan el mosco, purifican la atmósfera: secan la tierra que las lluvias, han anegado: espeditan las comunicaciones: aligeran el cuerpo para el trabajo, y en todo difunden la hermosura, la salud y la alegría.—*N. I.*

México, Octubre de 1843.

(Escrito para el Museo.)

LA LUNA.

A MI HERMANA DOBONES.

Pédica virgen del etéreo cielo,
Que al mundo velas en la noche fría;
Al contemplar tu faz el alma mía
A ti se lanza en alas del amor.

Tú que rompiendo la arceida niebla,
Te levantas sublime, refulgente;
Baña piadosa mi agobiada frente
Con tu divino cándido fulgor.

Vuelve la paz el pecho que la implora,
La ilusión á la ardiente fantasía;
El corazón palpita de alegría.
Al verte, ¡oh luna! en el zenit brillar:
Fuente de inspiración! yo te saludo
Luminar puro, antorcha de consuelo,
Desde el mezuquino fango de este suelo
Te vuelvo, bella luna, á saludar.

Allá entre sedas en vedados goces
En los brazos de infame cortesana,
Que vonga el sol fulgente en la mañana
Al impuro maguete á sorprender:
Allá en palacios de opulencia centro,
Duerman los reyes sueños de fortuna;
Mientras que enagenada, blanca luna,
El espacio te miro recorrer.

Y en mis memorias dulces encantado,
Y en ilusiones que tu luz me inspira,
Me miraré en los brazos de mi Elvira
Como otro tiempo que fugaz pasó:
Tiempo feliz, que al suspirar del viento,
Y de las flores al aroma blando,
Sus inocentes párpados cerrando
Sobre mi pecho amante se adormió.

Mirando atento los arroyos claros
Que cruzan en mil giros la pradera,
Contemplando tu faz que reverbera
Al deslizarse el líquido cristal;

Recordaré mis horas de ventura,
Horas que el mismo cielo envidiaría,
Cuando á mi lado la adorada mía
Esperaba la aurora matinal.

Porque esc bosque que á lo lejos miro,
Y de esas flores el fragante aroma,
Tienen para mi pecho un mudo idioma
De misterios, de vida, de pasión:

La yedra en la arboleda entretejida,
De azucenas en torno circundada;
Grutas formando en toda la enramada;
Que asilo fueron de mi dulce amor.

Al serpentear las aguas argentadas
Del feraz Atoyac en la ribera,
Me parece que escucho hisongera
La voz de mi querida resonar;

Y entonces finge la ilusión delicias,
Y percibe la vista entre el ramaje,
Como una sombra cual sutil celaje
Su imágen bella en mi recdor vagar.

Y de la vida que con odio miro,
Vuelvo á gozar los sueños tan queridos,
Que vuelve á resbalar por mis sentidos
La que perdiera, páfida ilusión.

Porque tú, ¡oh luna! faro de la noche
Al ostentarte en medio de tu cielo,
Derramas con tus luces el consuelo,
Vuelves la paz al triste corazón.

Porque á tu luz ¡oh luna! en mi memoria
Se reproduce mi placer pasado;
Como la flor silvestre en el collado,
Como las olas en el ancho mar.

.....
.....

Porque cuando insensato, en mi delirio
Reniego de mis creencias maldiciente;
Miro en tu faz divina, refulgente,
La imágen del Señor, y tengo fé:

Porque cuando á mi padre lloro triste,
Su sepultura con tus luces bañas,
Y como un ángel tierna me acompañas
Cuando me postro de su losa al pié.

Y al levantar mi faz para mirarte
Vuelve á mi pecho la perdida calma,
Porque en tu seno de mi padre el alma
Me parece que vela mi orfandad.

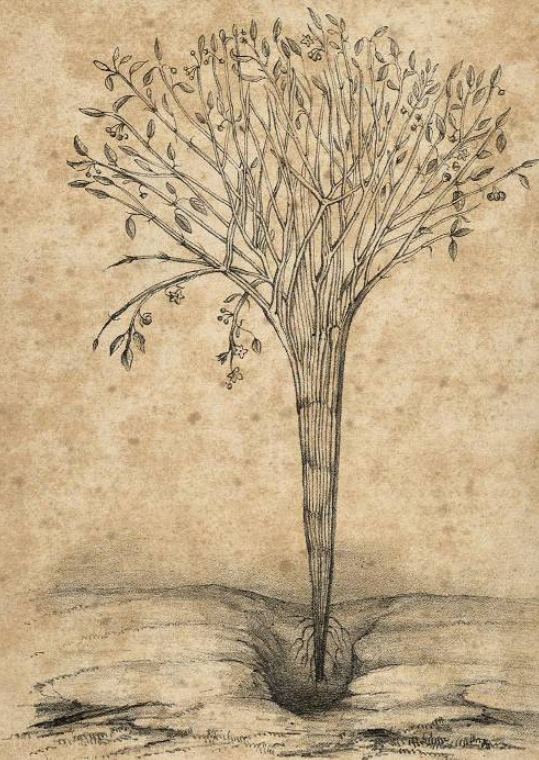
Brilla fulgente en el etéreo cielo,
Con tu carro de estrellas tachonado;
Porque eres el fanal del desgraciado,
Destello de la inmensa iragstad.

FELIX MARÍA ESCALANTE.

Muy mal sistema es el de algunas mugeres,
que creen que la desgracia es para ellas inevitable, y se empeñan en ser infelices toda su vida.

BOTANICA.

UNA PLANTA MONSTRUOSA.



Una Planta monstruosa.

El diseño que hemos colocado al frente de este artículo, representa una de esas monstruosidades que suelen verse en los vegetales, y cuyo estudio es tan útil en la botánica para conocer hasta qué grado pueden llegar esas aberraciones de la naturaleza, que abandona, de cuando en cuando, en la forma y en la organización de los vegetales, los tipos primitivos. La planta que representa el diseño, y cuyo esqueleto conservamos, es una especie de *solano*, muy conocido en nuestro país con el nombre de *jaltomate*, y que nace silvestre, principalmente en los terrenos de cultivo. Hemos visto á esta planta vegetar con toda lozanía entre un viñedo, y la hemos conservado hasta que llegó á fructificar (1); se ha diseñado á nuestra vista cuando ya comenzaba á marchitarse: debia tener un tallo cilindrico, como todas las de su especie, y al extremo del tallo debian haber brotado las ramas en todas direcciones; pero no sucedió así, sino que desde que salió de la tierra, ya presentó, en lugar de un tallo cilindrico, un tronco plano y acanalado, como si hubiese sido muchos tallos que se hubieran ingerido por aproximación; y cada uno de estos tallos, que realmente no son sino uno solo, se ha transformado en la parte superior, en un brazo que despues se ha ramificado; pero conservando siempre todas las ramas la misma dirección que el tallo ó tronco principal.

Podríamos hacer algunas conjeturas sobre la manera con que se ha verificado este fenómeno, valiéndonos al efecto de la *Teoría Phytogénica*, recientemente establecida por Mr. Ch. Gaudichaud (2); pero como nuestras esplicaciones no pasarían de conjeturas, reservamos esta materia al escámen de las personas científicas, y nos limitamos á consignar en esta miscelánea un fenómeno, que para nosotros es curioso y raro,

(1) En la hacienda del Conejo, distrito de Pinos, Departamento de Zacatecas.

(2) Nuestros lectores podrán ver esta teoría, con algunos diseños que facilitan su inteligencia, en los *Nuevos elementos de Botánica* de M. A. Richard. Paris 1838.

y que merece ocupar la atención de los que se complacen en el estudio de las plantas.—L. R.

ESTUDIOS MORALES.

EL TEMPLO.

A MI AMIGO EL LIC. MARIANO OTERO.

¡Templo del Señor! como en los brazos de una madre he descansado en tu seno. Esplaya mi alma el éco solemne de tus cánticos: revive mi corazón el aura que perfuma tu incienso.

¡Dios mío! En medio de los campos, en el zumbido del insecto, he creído oír la confesion de tu grandeza; he fijado los ojos en el sol, atrevido como el águila, y se han destimbrado menos que mi inteligencia, cuando osa meditar en el mas simple de los arcanos de tu gloria.

Es dulce contemplarte ¡ó Señor! cuando la brisa como un himno infantil se eleva desde el cáliz de las flores á tu trono.

Cuando el mezuño terror del hombre cree que centella tu mirada terrible en el rayo que rasga las nubes y retumbando estrepitoso, interpreta el trueno como tu anatema; yo compadecí nuestra miseria: tras el velo de esa tempestad brillan pacíficos los astros, y tu mirada apacible cae tranquila sobre la melancólica frente de la luna.

Al amago de tu enojo caería el mundo en la nada, como una pedruzca en los mares, como la gota de lluvia que tragó el torrente, como la semilla del encino que incendió el rayo.

El aroma de las flores, y el fragor del trueno, y el estruendo de los mares, es el lenguaje con que te haces palpable á la materia grosera.

Grandioso es ¡Dios mío! el recogimiento de tu templo; elocente y austero su silencio; feliz el ama que sabe comprenderlo!

Los invernales guardan las flores de estrafios climas, defendiéndolas del hielo y conservando sus colores y lozanía: en tu templo, Señor, nuestras almas, plantas de otros climas, concurren tambien su perfume y su frescura.

Asilos del alma, playas benéficas que en el tormentoso mar de la vida nos ofrecéis amparo.

Templo sacrosanto! en el desierto de mi existencia fuiste para mí como el oasis para el árabe; á la sombra de tus alas se refrescó mi frente abrasada por mis ideas febriles, y en el raudal de tu bondad humedecí mis labios, secos de geniar y de quejarme.

A tus puertas llegó el mendigo cubierto de harapos y apoyando sus rugosas manos en un báculo humilde, había gemido á la entrada de los festines, y oído hambriento el choque de las copas de la orgía; te hizo, llorando, confidente de su miseria; pegó sus labios á la tierra, y evocó tu nombre, y te sonrió la esperanza de la inmortalidad, y compadeció á los grandes, y fué á ellos superior, y te habló entonces con ternura: á tí, el amigo del pobre, el que cristianaste con el infatigable á las almas, el que erabaste á la gaviota para que bogara festiva sobre las ondas alteradas.

¡O templo! yo me regocije con tu pomposa sublimidad: he visto de tus columnas pender el terciopelo y el oro, como un inano regío; he visto ondear la seda en tus cornisas, como la gansa sobre la frente de una belad; he percibido el aroma de mil flores, símbolo de la secreta alabanza de espíritu; he oído entre el perfume del incienso suspirar la armonía de tu órgano, como si envueltos en una nube te alabaran ocultos los arcángeles.

Y desdénando tanto brillo, sin fijar la atención en el sol que ríela en las molduras del altar, ni en el arrullo de las aves suspendas de sus jaulas, que te bendicen en sus gorgeos; yo niño, huérfano, y sin mas amparo que tu crenencia, de rodillas, en el lugar mas retirado, te he contado mis penas; he pegado, hablando, mis labios á las paredes, porque creía que del opuesto lado me estaban escuchando; y la flor marchita que recogí en mi paseo solitario, pensando en tí, fué á ponerla á los pies de tu altar, como un símbolo de súplica inocente, como mensajera de mi ruego, como recuerdo de mi ternura, como el rizo de nuestro pelo que colocamos en un relicario, y lo colgamos al cuello del padre de nuestro amor que se ausenta.

¡Dios mío! ¡Dios de mi vida! En el mundo resplandece tu gloria; el templo es el trono de tu ternura.

He visto á la madre diligente, enseñar á su niño tu alabanza, y purificarse su súplica, cuando pasaba por aquellos labios virginales; y lloró de gozo y de amor hacia el Dios que vigila sobre nuestra infancia, y guarda la miel en el seno de la flor para que se nutra la abeja frágil.

Sueño de oro del niño, que se confunde en nuestra memoria con los albagos de la madre dolatrada, con los primeros albores de la vida, y el solo aroma puro de la humanidad. ¡Reli-

gion augusta, yo te bendigo, porque siempre que recurro á tí, eres el bálsamo de las heridas de mi vida!

Muger á quien desechó el crimen y agotó la crápula; alma perversita, degradada en el fango del vicio como la semilla del Fresno que cayó de la rama á la rambla de arena; evita el hombre con horror tus miradas; esquiva tu anticipada vejez tu tráfico impuro; te repudió el libertinaje; en la agotada copa de tus placeres bebes tu llanto misero; la hipocresía te vuelve la espalda; la virtud de la tierra se cubre los ojos cuando pasas; y yo la ví en el templo, y allí lloró y vió á ese mundo al traves de un velo de lágrimas, y el desengaño le mostró silencio la religión, y en la religión halló consuelo. ¡Pobre niña! víctima de la miseria y de la seducción; la juventud le brindó con el crimen; tras de la caridad encontró al vicio; el interés brutal se vistió con el manto de la compasión; tornó el amor en un tráfico, y su cuerpo mismo en una mercancía; despues ni... el escarnio la señalaba con su dedo insultante. Habló al Señor, limpió sus plantas con un bálsamo de lágrimas, como la muger de la Escritura, y en sus ojos brilló una esperanza de consuelo celestial.

A tí vengo, ó templo! como el peregrino fatigado que sube á la altura para ver el término del camino que tiene que recorrer.

Mansion de la virtud, libro material de la sabiduría eterna, tabernáculo que guardas la esperanza del género humano, vengo á tí; sé tú el confidente de mis penas, y escucha día á día mis plegarias ardientes.

Las violetas y las cruces de tus torres me parecen los telégrafos con que el cristiano revela al siglo incrédulo tu omnipotencia.

Templo sacrosanto, arca de los misterios de la vida; pórtico espléndido, elevado á la entrada de la muerte; tribuna en que te proclama el dogma de igualdad ante el trono de la virtud; templo augusto del Dios de mis padres, acoge en tu seno mi espresion de ternura, como la lámpara que arde ante tus altares, como acojes el ruego del mendigo y del huérfano.—GUILLERMO PRIETO.

PENSAMIENTOS.

La mayor parte de las mugeres se rinden mas bien por debilidad que por pasión: de aquí viene que frecuentemente los hombres atrevidos consigán mas victorias que los que no lo son.—R.

Se puede decir de nuestras virtudes, lo que un poeta italiano ha dicho de la honestidad de las mugeres: á saber: que frecuentemente es otra cosa, sino el arte de parecer honestas.

CARTAS SOBRE MEXICO.

(CONTINUAN.)

ALAMEDA Y BUCARELLI.

Sa. D. JUSTO NIVEL.—México, de 184...

Querido primo: A no conocerme tú á palmos, faltar de seso, suelto de lengua y amigo de atarantar nécios, te espetaba un mundo de erudición en mi carta, de modo que pian piano, te dejaba con la boca abierta.

Es tan obvio el talento de los índices, que con una poca de andadía y unos cuantos catálogos, he visto hacer prodigios: ¡qué no haría yo ahora que te voy á hablar de la Alameda, teniendo presente un articulazo de Betancourt y otro del Semanario de Señoritas, donde se espresa el origen de ella, su crecimiento, sus mejoras, y hasta el número de sus árboles!

Tentado me he visto de escribirte:

Querido Justo: Todas las naciones cultas de la tierra, en sus paseos y obras de recreación pública, han presentado las páginas fieles, como dice un sabio, de su estado de cultura: Atenas y Roma, en lo antiguo; Paris y Londres, han escrito sus anales en sus monumentos; la policía misma parece encargada de consignar en sus actos la crónica de los sucesos y de las progresivas necesidades de los pueblos. ¡No te canses, Justo, yo soy un pasmo cuando se trata de charlar.

Pensando en esto como filósofo, me dirigí á la Alameda de México, y me detuve en la indagación de su origen, que se cuenta desde el gobierno de D. Luis Velasco: limitábase entonces á un cuadrado cuyos laterales llegaban á los frentes de Corpus Cristi y S. Juan de Dios; te diría cómo se extendió despues el pascho hasta formar el cuadrilongo tal como hoy lo ves, no olvidando por supuesto la mención del foso y el cerco de piedra, que antes era de madera; en fin, abundando mi erudición para hablar mas á mis anchuras.

Hecho todo un petimetre, y sin otro rastro de provincialismo que la tiesura de mi ropa, aun nueva, salí el domingo con mi inseparable *Esposito*, despues de las cinco de la tarde para la Alameda; ¡qué pluma describirá la belleza de este sitio de recreo! Aquellas calles sombrías de frescos y sauces que enlazan en algunas partes sus ramas frondosas, formando un dosel de esmeralda por donde apenas se desliza tímido uno que otro rayo del sol; aquella ilusión óptica de las fuentes, que se ven lejanas alzarse orgullosas co-

mo plumaje de cristales, y brillando al derramarse sus gotas diáfanas con los colores vivisimos del iris; aquellos triángulos, muchos de ellos formando un bosquecillo de mirtos y rosas, azules y violetas, que perfuman el aire bajo el ramaje melancólico y abatido de los sauces *Darones*; allí se oyen los trinos del gorrión y el zumbido de la abeja, y revelan las mariposas con sus matices espléndidos.

¡Qué bello es contemplar embebecido los juegos hidráulicos de la fuente principal, y al traves de esa tela diáfana que se despliega en arrogantes abanicos, distinguir los árboles que se mecen en el viento, los cambios caprichosos de la luz del sol poniente, y los caballos y las carrozas rápidas que pasan por la calzada exterior!

La concurrencia de los domingos en la tarde por la parte interior de la Alameda, es por demas heterogénea; y ya me conoces que no soy de los de mas aguzado ingenio para eso de las descripciones.

Humildes parejas, con el galán de capa color de olivo, y la dama de tálalo de damasco; familias enteras; el faldero inclusive que cabalga en los brazos de la fresca matrona; *fracs* esmirriados como sobrepuestos en la ancha espalda de un portero de oficina, que ostenta su importancia de funcionario público, apoyado en su paraguas con funda; empleado de oficina, de raya y varita, guante y pantalón de moda (el que finge con el uniforme), adjunto á su mitad, de desgobernado zapato, y el renuero de la hacienda pública en sus brazos... cesantes melancólicos, que contemplan la naturaleza campestre; chinas carbonas con sus enaguns pomposas de muselina, dejando ver la punta tejida de algodón que adorna y cae á la mitad de la pierna torneada, y forma como cortinaje á un pie abreviado y limpio (las mas veces), banda de fioco de oro, camisa con desgote y bordado de chaquirá; y á su lado un *lepero* de tez morena, sombrero de ala estensa, con chapetas y toquilla de plata, calzonera abierta, zapato con herradura y aire adusto y pendenciero; en fin, en todas direcciones atraviesan bandadas de niños, bellos como las ilusiones, alegres como la infancia, custodiados por sus padres ó por los criados.

Ya triscan en torno de un pacífico borrego, con estrepitosa algazara; ya rápidos como el viento, saltan las zanjias que sirven para el riego; ya enlazados de las manos, y en festiva gritería, defienden a la monja, del diablo, ya en hilera tras de S. Miguel, escapan de las asechanzas del demonio; ya imitando otro niño los bufidos y el ardor del toro, se lanza a la liza en persecución de una turba de glandiadores.

El niño que apenas se sostiene en sus piesecitos vacilantes; la jovencita que ya al pasar cerca de los espectadores de mayor edad, limpia su traje y arregla su pañoleta que jugaba con el viento; el mocozuelo que haciendo cabriolas cree volar en los lomos del ardiente bridón, y el rapaz que juega como su papá, á gente fina y á señor decente, y se pasea como apartado del bullicio, pero impaciente porque no fijan la atención en él.

Estos cuadros, todos placer, todos recuerdos, los observan ya el padre embebecido y lleno de ternura; ya el anciano solitario que revive los recuerdos de su edad primera; ya la turba de ávidos dulceros y de vendedores de muñecos.

La Alameda es un recuerdo de flores y de perfumes; es una página en que ha dejado escrita todo mexicano la historia de su infancia; allí recuerda á sus padres, á su nodriza, al viejo criado que hacia desesperar: aquellas auras balsámicas flotaron en sus cabellos de niño; aquellos prados resonaron con sus gritos de gozo, y su caballo de palo, y su pelota, y su borrego allí lucían, porque entonces esa posesion era su orgullo, y el ruido de las piedrezuelas de una sonaja ahuyentaban sus penas.

Por las calzadas exteriores cruzan, como dije, carruages espléndidos, bridones hijos del Norte y de la Europa; cascados y enteleridos sinones hundidos en sus varas; caballeros bien ó mal montados, pero en abundancia: como domingo, la Alameda era un lugar de tránsito, sin mas concurrencia permanente que la poquísima de la entrada, compuesta de uno que otro fatigado anciano al lado de una que otra relámda, aunque obesa vieja; uno que otro rosagante religioso, y un grupo de ancianos respetables armados de paraguas, entregados á su conversacion eterna de recuerdos ó novedades políticas, indiferentes al paseo.

Espoleta, que como te digo es incansable, quiso que nos dirigiésemos al paseo; é! portafido, yo curioso; é! chigaravis y amigo de la sociedad, yo impaciente por ingresar en ese círculo, vestido de nuevo; pronto ya estábamos en camino y tocando las paredes de la Acordada.

No dejé de repugnarle altamente la vista de una puerta con su verja de fierro que guarda la de un cuarto inmundo, en donde se esponen los cadáveres recogidos por la policía.

Ademas de no ser tal parage introduccion de muy buen gusto para un sitio de recreo, la feitez del lugar puede ser nocivo á la salud; por otra parte, y pon cuidado lo sério que te digo esto, la vista de cadáveres de ambos sexos, medio y mas que medio desnudos, goteando á veces sangre corrompida, repito que es desagradable: en la verja pocas veces dejan de llorar los dentados de los difuntos; yo aparté la vista, y cuando quise dar vuelo á mis lúgubres reflexiones no pude, por el singular agrado con que me vi frente á Bucareli, no sin llevar mi pañuelo á la nariz, al terminar la susodicha banqueta de la Acordada.

El paseo no es mas que una estensa hilera de árboles, sin mas ornato que los poysos de piedra que en los laterales hay para la gente de á pié, y tres soberbias fuentes, cuyas estatuas alegóricas se ven dominando á considerables distancias.

Pero cuando colocado en la fuente principal, observas el paisaje delicioso que tienes á tu frente, entonces, es otra cosa, se juzga un paseo encantador.

El sol está en Occidente; sus ráfagas le forman un dosel de oro y de nubes de escarlata; sus rayos se modifican al bañar el azul oscuro de las montañas, y la estrella de la tarde parece una lámpara suspendida ante el lecho fúnebre del sol moribundo.

Así, bañados con la inocencia luz del crepusculo se estienen los dilatados llanos contiguos al Egipto; se ven de trecho en trecho ya una casita humilde de paja, en medio de un rebaño pacífico; ya al fin de una corta calzada, blanqueando las fachadas de las haciendas de la *Tiña*, *Casa Blanca* y otras fincas rústicas; mas allá se distingue la arquería de la Verónica, y por los mismos arcos, como los marcos de otros tantos lentos, se ven los sembrados de esmeralda y oro de las milpas y los trigales, como colgados de las desnudas lomas que trepan, descarrando y salvajes, como huyendo, hasta besar el pié de los montes, que envueltos entre las nubes, forman el término del cuadro.

Al Sur, y siguiendo la carrera del anudado de Chapultepe, la inagotable perspectiva ofrece la vista romancesca del bosque con sus ancianos árboles, sobre los que desnucela el pintoresco castillo, dominando aislado cuanto le rodea; al Norte se perciben las casas de la ciudad, las azoteas; y sobresaliendo de los arcos la austera fachada del monasterio de San Fernando.

Yo formaba parte de una hilera de peñitres que con sazónada crítica espicaban las figuras de la linterna mágica que daba vueltas á nuestra vista; frente á nosotros, pacíficos ginetes habian hecho alto formando otra hilera; y á nues-

tra izquierda, pero dándonos el frente, en semi-círculo estenon, yacian los carruages de otros comodinos pasantes.

Imposible es que pueda recordar uno á uno los epigramas que bullian: se dispersaban eléctricos, y broyaban de nieve; ¿cómo he de poder con la pluma traducirte lo apresivo y picaresco de tal gesto, de la otra sonrisa, de la prestion de un color: en todo había sátira, todo se refería á una crónica, á una anécdota, á un rasgo burlesco.

—Adios, señorita.
—De quién es ese magnifico carruage? ¿Tren soberbio!

—No lo conoces. Alquitran?
—Es de D. Alfredo Pitanza [coche de papel]
—¿Cómo es eso? Si señor, de puros vales de alcance y créditos.

—Es muy fuerte para tan frágil materia.
—¡Borada! finca he visto yo de lo mismo, y no hay cuidado de que se caigan.

—Eh! ¡Eh! Adios Triquitraque. ¿Qué simon, que traza, que resma de locos!

—Ayer gané siete viejos á la dobla, y en vez de pagar á sus acreedores, y de comprar relevo de su única piqueta, va con amigos; comió en la fonda y ha hecho diabluras.

—Ya lo veremos pidiendo un cigarro sin tener quien se lo dé; item: los que lo acompañan, serán los primeros que en su pobreza le desacreiten.

—Señor D. Jorge, beso á vd. la mano.

—Lo mismo que siempre, D. Jorge Fagote; espantando con su cara en los paseos: ocupado en su prosopopeya y la de la niña.

—Lo dicho, al estirbo del coche.
—Liberamus Domine.

—D. Pánfilo Buena Pasta, alerta, míralo, como siempre.

—¿Qué trinidad!
—¿Qué armonía!

—Doña Ursulita y D. Claudio en la testera; ¡son tan amigos!

—El juega con las motas del coche, y admira la naturaleza.

—¿Qué quiere vd. ¿son filósofos!

—D. Higinio, saludo á vd.
—¿Qué figura de D. Higinio Muéganio!

—Pero eso sí, enanorado como el demonio.
—No hay contrahécho que no sea lo mismo: corbatas y chaleco de color repugnante; calza: original; y siempre embebido en que lo quieren, y risueño, y entre los jóvenes de primera nota, hablando desverguenzas.

—Señor, adios.
—A ese sí no conozco.

—Ese sí es un sabio, D. Modesto Camánduru: la día á día que su santa misa, y se dá una nuda en la Santa Escuela: en el simon de adelan-

te van con la mamá tres frutos naturales de su devoción; ¡es un santo!

—¿Canario!

—Pues para hombres así, es un banco de plata la virtud; es un descubrimiento que no va en zaga al agiotage.

—¡Dios te valga!

—Gunesidno Gorgus en el paseo, con espada y chaparreras; ¡pap! Sentó el caballo.

—Órganlo saludar.
—Adios, amo.

—Adios, Gorgus.
—Va contento: su caballo es del Bajío: su reata ya está hecha: la cabeza de su silla de pre-

trá, trae una rozada masa.

—Margarito Filigrana tambien iba á cierta distancia en su caballo peliadtio, recogido y alimbarado como su dueño; parecía tener *toilet* tambien el animal: un moño en la frente, la cola y la crin escarmentada; el albardon bien puesto, sin un pliegue su sudador: Margarito iba en las puntas de los pies, con su traje como de baile; guante de cabrillita y compendiéndose el pelo, y haciendo sus monas contorsiones.

Lo demas nada ofrecia particular: ya era un médico el que pasaba hecho m et cetera, con el pantalón alzado y un chicote en mano: ya una especie de adiviniza por arriba como fraile, y por abajo como mozo de café, según el zapaton y el ancho pantalón de coleta: ya una cándida pareja en un ético rincón, cubería la dama y no el galán.

Ya un coche con rico tren y grande aparato, cuyos dueños, según los cócoras, tenian en su casa, muebles desventajados y otras cosas no correspondientes al aparente lujo; pero que la familia todo lo posponia al placer de gritar en medio de las visitas: que pongan el coche, que suba el lacayo.

Ya por fin, familias respetables, lustre y honor de mi patria, cuyos talentos, cuya moralidad, y cuyo aspecto regocija, y son como nuestros títulos de gloria, y cuyas vidas presentamos como vindicacion á las viles calumnias con que nos han agredido viajeros inestanciales, para los que solo hay una arma...el ridiculo.

Te ofreci escribirte del teatro: ya no me comprometo sino á decir lo que me ocurra, y con el descréto que hasta aqui.

Tengo muchos amigos; figurate que ha corrido la voz de que soy rico: todos me imponen á su modo en las costumbres; me aconsejan y me dicen que me libre de los demas. Quieren enseñarme hasta á andar y ponerme la corbata; y entre paréntesis, si sigue tibia como hasta aqui, ó me degnella, ó la divorcio de mi cuello.

Se me olvidaba: ha llegado al meson un extranjero literato, que va á escribir un viaje: anoche por primera vez durmió en cierta casu-

chilla *non santa* que está á la otra puerta: vino hasta sin sombrero, y ha escrito:

«Las damas mexicanas, aunque de un alegre trato, son robadoras de sombreros á los europeos.»

«NOTA.—La prostitución de México española: observación geográfica: *los indios venden pollas.*» Yo te hablaré largo de este *sér* original.

Tengo una vecina como un grano de oro: su marido viene á emplear en géneros, yo me empleo en servirle, y ya admitió antes de ayer un peron de mi plato que trasladó al suyo; mientras el marido en encarnizada refriega con una costilla á la milanesa pasó el tiempo de la comida sin probar bocado. Ha traído un perico una señora del Sur que vive en el número 11, monísimo: dos veces he comprado arsénico para libertarme de su trompeta, y de su Santo Dios. Los negocios se componen: me han dicho que ponga un escrito de cuatro letras, y la cosa es hecha.

Recibí la libranza, que en sastré y comida espíró; tú sabes lo que este tierno párrafo quiere decir.

Expresiones á las muchachas y á la tía Olala: tú manda en tu primo *Jacinto Camaleón*.

P. D.—No sería malo comprar para nuestro uso, y para cuando vayamos á ver las siembras, un par de *paltos*: son muy cómodos, y son de la moda de París.—*Vale.* FIDEL.

VINDICACION DE LAS CAMPANAS.

Las campanas son los instrumentos usados con mas frecuencia para dar señales por medio del sonido en una estension considerable. El principio de su construction es sencillísimo; cúlguese un vaso metálico, póngasele un mazo que lo hiera, y se tendrá una campana. Es por consiguiente natural, que las campanas hayan sido conocidas desde la antigüedad mas remota; su invencion es tan fácil como la de los tambores, á los que no van en zaga en lo ruidoso: hay muchas pruebas de haber sido usadas entre los pueblos antiguos: los egipcios las usaban en la celebracion de las fiestas de Osiris; los griegos en las de Proserpina y de Cibéles, y los romanos por último, con bastante frecuencia. Pero es de advertir que las campanas de que se hace mencion con diversos nombres en los escritos de los antiguos, mas bien eran campanillas ó campanas de mano que de torre. Parece no obstante, que los chinos, tan aficionados como todos saben, á los instrumentos musicales de percusion, tienen grandes campanas desde los siglos mas remotos. Los misioneros se maravillaron de encontrar en bogá esta clase de instrumentos en pueblos tan distintos de noso-

tros bajo todos respectos. En Europa, el uso de las grandes campanas no data sino desde el siglo V, y en concepto de los etimologistas se llamaron *campane*, como se las designa en la baja latinidad, del nombre de la Ceampania en donde se las aplicó por primera vez al servicio de la iglesia.

Las campanas gozaron de una veneracion especial en toda Europa, durante la edad media; las bendecian y las bautizaban con pompa, y las consagraban particularmente al servicio de Dios: cada ciudad se vanagloriaba de poseer sus campanas, y entonces un repique era motivo de regocijo público. No puede negarse efectivamente, que hubo un fondo de poesia en los acentos de aquella voz robusta, que resonando en dias fijos en la torre del templo, convocaba indistintamente á todos los fieles á la oracion, ya en sus casas, ya en lugar santo; en esa voz estrepitosa que imploraba para cada cristiano á su vez, y en las circunstancias mas graves de su vida, en la hora de su nacimiento, de su matrimonio y de su muerte, la gracia de Dios, la intercesion de los santos, ó los piadosos pensamientos de sus hermanos. La campana era para los oidos, lo que la catedral para los ojos: si esta armonía ha perdido todo su encanto, no debemos atribuirlo á que nuestro oido musical sea mas perfecto que el de nuestros mayores, sino á que ese sonido monótono en el cual puede oír tantas cosas un espíritu meditabundo, es para nosotros ahora un lenguaje eclesiástico, enteramente incomprensible, y que solo hace vibrar vanamente nuestros oidos, sin excitar ninguna emocion en nuestros corazones. ¿Quién podría negar, no obstante, que en ciertos casos, en la tarde por ejemplo, en medio de las soledades melancólicas de la campiña, el ruido lejano de la campana de la aldea, despierta en nuestras almas como por una especie de reminiscencia, algunas armonías tiernas y religiosas, ora de los dias de nuestra infancia perdidas tras de nosotros en el mar de lo pasado; ora de la sencilla fraternidad de todos los hombres, representada á nuestras almas por una señal común de oracion.

Esto nos puede dar á conocer lo que fué para las almas fervorosas de la edad media, el sonido de estas campanas que hoy nos parecen incómodas y tan bárbaras, señaladamente en el interior de las ciudades. Las campanas en la edad media, dominaban no solamente en la vida religiosa, sino tambien en la civil. Para comprender la grandeza de estos instrumentos, basta recordar cuáles eran sus officios en la época de la emancipacion de las comunidades: el derecho de poseer una campana, se colocaba al lado de las libertades mas preciosas: era lo mismo que tener en el seno de la Ciudad un ór-

gano público; era, por decirlo así, el de tener un orador. Hay un incendio, la campana toca á rebato, despierta á los ciudadanos, escita su celo, sostiene su ardor; su vez es mas imperiosa, sus instancias mas vivas, á medida que el peligro es mas urgente; habla sola y domina el tumulto, difunde en todas las almas el espanto, el valor y la compasion: reúne á todo el mundo, y sin que pueda resistirse nadie, precipita la poblacion entera á socorrer al pueblo amenazado. Se trata de una revolucion interior, de un ataque á la ciudad, ¿qué tribuno podría igualar la elocuencia de la campana de alarma: todos los corazones sienten á un tiempo, lo que difícilmente se les podría comunicar con prolifjos discursos; la campana basta para renimmar todos los sentimientos adormecidos, y para resucitarlos con toda su energia; el honor, el interés, el amor de los conciudadanos y de la familia; los odios y las pasiones políticas, todo lo recuerda la campana: su voz penetra en los repliegues mas íntimos de las almas, y su voz solemne trenea con mas energia que toda la elocuencia de Demóstenes.

En nuestros dias, las campanas han llegado á su decadencia. Sirven para proclamar las horas, y gustosos las desterraríamos del interior de las ciudades, como conspiradoras contra la tranquilidad, y aun de ciertos dias como culpables de la algazara nocturna; que hoy no se les profese respeto alguno, es un signo evidente de decadencia de la religion que las estableció, y por cuyo desprecio nadie se sobresalta. Pueblos atrasados como por ejemplo los rusos, cuyo *Kerblin* está lleno de robustas campanas, son los solos que conservan veneracion á estas máquinas, los únicos que las muestran con orgullo como creaciones imponentes de las artes, y escuchan con satisfaccion su música que las hacen figurar sin mofa en las ceremonias estravagantes de su bautismo. Sin embargo, por todas partes la civilizacion ha marchado con mayor rapidez. ¿El principio sobre que se fundaron las campanas será ya extraño á las necesidades actuales del mundo? ¿Los instrumentos de comunidad serian inútiles hoy, que el sentimiento de asociacion es mas vigoroso que nunca? ¿Las poblaciones modernas no se cuidarían ni de concierto, ni de demostraciones públicas? ¿Deberían su descrédito las campanas á la grosera forma que recibieron de nuestros antepasados? ¿La idea que les dió vida para que correspondiesen á las necesidades de lo pasado, las hará revivir tarde ó temprano para las esci-gencias del porvenir? ¿O tal vez las campanas solo incomodan por su armonía insignificante y pesada, y por nuestra parte consentiríamos en que permaneciesen entre nosotros si perdiesen algo de su antigua barbarie? Sería

temerario mirar como absoluta y definitiva la sentencion que las condena. Transportemos nuestra imaginacion á una de las vastas y elegantes ciudades de los siglos venideros: se aproxima una festividad, un aniversario relativo á nosotros ó á nuestros padres, tal vez ocupa y tiene en expectativa todas las almas, los regocijos públicos, las ceremonias religiosas, los santos placeres de la tierra unidos á las bendiciones del cielo, deben llenar con su esplendor un dia sereno y augusto: han aparecido los primeros rayos del sol, y los torrentes de armonía se derraman en el espacio con la luz; su movimiento crece, la ciudad se llena, sus calles mas retiradas inunda el gentío, la campaña misma sabe ya que un dia de júbilo acaba de brillar. Parece el pueblo circuido de otra atmósfera: adios horas penosas del trabajo, adios tinieblas silenciosas de la noche, el grito musical de las solemnidades ha rodeado de gozo la tierra. Un artista inspirado por el sentimiento de la festividad, y por la grandeza del papel cuyo desempeño se le ha confiado, anima la ciudad con la ayuda de sonoras vibraciones, con las emociones fecundas de su alma bajo su impulso las almas de sus conciudadanos se arroban en un entusiasmo celestial, ya se afectan de sensaciones profundas, ya conñan y se regocijan porque saben que los sentimientos que prueban son comunes á sus hermanos, y porque no forman por decirlo así, sino un solo concierto que vibra y se reúne á otro concierto. ¿Qué armonía tan poderosa la que puede producir esto por sí misma! ¿Quién podía negar que la mages! tad de esta depende singularmente de su auditorio? La voz de un orador es magnífica, sobre todo cuando puede dirigirse á un pueblo entero: apoyándose en el efecto indefinible que produce en la multitud, cobra prestigio la palabra, y animándose recíprocamente el que habla y los que escuchan, la elocuencia puede elevarse á los mas sublimes misterios de su grandeza. ¿Y dónde encontrar una asamblea mas digna, y al mismo tiempo mas populosa que una estension y opulenta ciudad? ¿Y dónde encontrar para dirigirse á ella, una lengua mas noble que la lengua musical, esta lengua casi divina, las ota que la mitología cristiana ha juzgado bastante flexible y bastante pura para servir de intérprete entre los ángeles y la divinidad? ¿Y qué espectáculo mas grande que un himno cantado de esta manera?

¿Cómo despues de este vuelo un poco aventurado, puede ser, al porvenir, volver ahora atras y pronunciar el nombre de los groseros instrumentos con los cuales ejecutamos nuestros bárbaros repiques? Propongámonos construir un instrumento capaz, tanto por la riqueza y estension de su diapazon, cuanto por la posibilidad

de dirigir á lenguas distancias los sonidos para llenar el objeto que queda señalado; y puede que entonces se fije nuestra atención en las campanas. En ócteto, ¿qué cuerdas emplear para esta lira gigantesca, sino cuerdas metálicas?

Ciertamente los sonidos mas armoniosos pueden producirse por la vibración de los metales, y que al mismo tiempo la intensidad de estos sonidos puede ser aumentada á lo infinito, resta solo determinar la forma que debe tener este metal, para producir vibraciones mas sonoras ó mas puras, y aunque la teoría de las campanas y de las voces metálicas no se ha hecho aun, no es dudoso que el cálculo demuestre, qué determinada figura puede ser mas ó menos análoga para las campanas; satisficiendo esto las condiciones del problema que queremos resolver. Estudio tan complicado presenta muchas cuestiones de acústica, dignas de la sagacidad de los geómetras. Comúnmente se calcula, que los sonidos de dos campanas del mismo tamaño y materia, se corresponden recíprocamente, como las raíces cúbicas de su peso; de suerte que la gravedad de los sonidos se aumenta con proporción á las dimensiones del instrumento. Pero esta regla que es con pocas excepciones suficiente para la práctica de los fundidores, está lejos de bastar para todo lo que se necesitaría saber, en un establecimiento perfecto de campanas. ¿Qué amalgama produce mejor armonía? ¿Podría reemplazar el cristal á los metales? ¿Hasta qué punto hace variar el espesor la sonoridad? ¿Cuál es la figura que determina mejor las vibraciones concordantes en todas las zonas del instrumento? ¿Cuáles son las relaciones geométricas, necesarias para producir entre dos voces un concierto cualquiera que sea?

Y lo que es mas importante, ¿cómo mantener igualdad é intensidad entre los tonos elevados y los graves? En una palabra, formado un órgano construir una serie de campanas correspondiente exactamente á una serie de tubos; hé aqui el problema de las campanas. El resto pertenece á la mecánica, porque ¿cómo hacer sonar por la presión de la mano del artista esos esquilones cosiales que no se pueden hoy mover sino con un regimiento de campaneros? Es evidente que la cuestion se reduce á adherir á cada tecla de un piano, la llave de un resorte, con la fuerza suficiente; nada es mas simple.

Resta examinar si otros instrumentos, por ejemplo los tubos de un órgano, podrían reforzarse ó multiplicarse, de modo que pudieran propagar sus vibraciones en una estension tan considerable como las campanas, y ser propias á la vez para formar conciertos. Esta consideracion conduce á otras cuestiones bajo un aspecto mas técnico. No insistiríamos sobre este objeto que

se nos presenta en la marcha de nuestras reflexiones, si no es porque nos parece que todo lo que es muy vulgar es por lo mismo muy elevado, y que las palabras mas familiares en un pueblo, son frecuentemente aquellas que corresponden á las verdades mas esenciales en el mundo.—P.

(Traducido para el Museo por D. I.)

LA INSTRUCCION Y LA EDUCACION.

La educacion se compone del conjunto de los medios empleados para formar el corazon y el carácter; que es lo que por decirlo así, hace al hombre moral. La instruccion no es pues mas que una de sus partes, pues no se dirige mas que al cultivo del talento, mientras que la educacion comprende la direccion de todas nuestras facultades morales. Con la instruccion se sabe mucho, pero con la educacion se conduce uno bien; y de aquí proviene la inmensa diferencia que hay entre estas dos cosas. Nada es mas peligroso que un hombre instruido cuando es vicioso; porque dedica su saber al ejercicio de todos los vicios. Ejercitar por la instruccion el talento de un hombre que puede mal emplear sus conocimientos, es lo mismo que enseñar al asesino á hacer un uso ventajoso del puñal.

Esta idea deberian tener delante sin cesar, los que se encargan de la educacion de los niños; no basta pues instruirlos para ponerlos en camino de que tengan una posición honrosa en la sociedad; sino que es necesario desarrollar en ellos sus buenos sentimientos por medio de la educacion, para que poniéndolos en ejercicio, sean dignos enteramente de ocupar el lugar que adquirieron por su talento.

La aristocracia del talento reinará muy pronto en el mundo. En esta época hemos visto ya que Victor Hugo ha entrado á tomar su asiento en el parlamento, con sus obras literarias debajo del brazo.—P.

La mas falsa de todas las filosofías, es la que bajo el pretexto de libertar á los hombres de las pasiones, les aconseja el abandono y el olvido de ellos mismos.—V.

De todo lo que existe en la creacion, lo mas incomprensible es el corazon de las mugeres.—P.

El interés habla todos los idiomas, y representa todos los personajes, aun el del desinteresado.

PANORAMA DE MEXICO.

LA VILLA DE TEAPA.

Al Sur de S. Juan Bautista, capital del Departamento de Tabasco, y á distancia de diez y seis leguas de esa ciudad, se haya una poblacion que mirada desde una altura que está á sus inmediaciones, viniendo de la villa de Tacotalpa, presenta un hermoso panorama, que no es posible describir perfectamente en este artículo; pero del que á lo menos procuraremos dar una idea ligera, y de su bella posición: lo primero que se descubre á la vista del viajero, cuando ha llegado á aquella altura, es el fondo verde oscuro de un gran cuadro cuya figura se asemeja, de algun modo, á un vasto anfiteatro que se despliega á su frente: sobre los elevados muros de este grande semicírculo, que es una sierra frondosa en todas estaciones, se ve regularmente una faja blanca, de anchura desigual y de variable posición, sobre la que reflejan los brillantes rayos del sol que se levanta á espaldas del observador; fácilmente se entenderá que son grupos de blancas nubes que pasan tranquilamente sobre aquellas alturas: el azul purísimo del cielo, pues la atmósfera goza allí de su mas sublime diafanidad, cierra el grandioso cuadro en la parte superior: en su base corre rápida y bulliciosamente un río, sobre un lecho de guijarros, y sobre su margen derecha está dibujada la ceceña mas pintoresca de este magnífico paisaje: allí se ven mil castitas blancas con sus tejados rojos, separadas en varias é informes direcciones, por lisiones verdes que son sus calles, siempre alfombrados de menuda grama; pero estas castitas parecen incrustadas en el fondo verde oscuro del cuadro, no ocupan todas un suelo absolutamente llano, sino que muchas de ellas se elevan suave y alternativamente sobre las otras, presentando una perspectiva tan variada como bella: algunas otras castitas de setos, cobijadas de paja amarillenta ó gris, y apiñadas sin orden sobre las lomas inmediatas de la villa, la dominan orgullosos por su situacion y disfrutan constantemente sus humildes moradores, del hermoso panorama que tienen á sus pies, y de la brisa del Norte que los baña dos torres macizas, de altura regular, de arquitectura semi-gótica, ennegrecidas por el tiempo y las lluvias, y que pertenecen á la parroquia del lugar, sobresalen en el

centro del cuadro, y dominan sin ostentacion al caserío que se despliega á sus costados. Hacia la izquierda del que contempla estas vistas, en la misma base del cuadro, se ven otras dos torres de inferior y comun arquitectura, algo mas bajas que las otras, é igualmente oscuras; son de otra iglesia llamada de *Ticomagüaca*, porque fué de un pueblo de este nombre que hoy está confundido en la poblacion que nos ocupa; mas allí siempre á la izquierda, descuellan magistrosamente el elevado pico de *Bstampogüey*, cuyas sombras contrastan melancólicamente con el alegre paisaje que se representa casi á las inmediaciones de su anchurosa base. Los muros de otra iglesia sin concluirse, y que hoy sirven de cementerio general, ocupan la parte mas cercana del que mira arrebatado, este cuadro encantador. Una multitud de arroyos serpean caprichosamente por algunos calles y á los contornos del lugar que describimos: algunos son semejantes á pequeños rios por su regular anchura y por sus inagotables corrientes, y otros se parecen á cintas de plata ó de cristal entrelazadas sobre un verde alfombrado, pues este color embellece todo el suelo de aquel lugar. Varios fuentejillas naturales, llamadas allí *mures*, no sabemos por qué razon, brotan humildemente sus aguas cristalinas al nivel de la tierra, y son las que sirven para el uso de aquellos habitantes, por ser las mas puras, frescas y delgadas. Si el viajero que estasiado ha contemplado esta sublime perspectiva; desde la altura en que lo hemos colocado, bajase á la poblacion, recibirá otras agradables sensaciones, de distinto género; las escenas animadas que pasan sobre las orillas y en el fondo de los arroyos que tendrá que vadear; muchas mugeres y de todas edades, semejantes en alguna manera á las *Nayades* de la fábula, pero menos poéticas, dominan las aguas; unas lavan la ropa de uso, propia ó ajena, sobre las alisadas piedras de los arroyos; otras la tienden en cuerdas al sol, presentando la imagen de una fiesta, por la variedad y matices de los colores, y por las diversas formas y tamaños de los trajes y vestidos que flamean en todas direcciones; otras con medio cuerpo dentro del agua, y el otro las mas veces desnudo, se ba-